

La Agencia

Borja Cabrero Daunert



Primera edición

© Borja Cabrero Daunert, 2013

Ilustración de portada: Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2013, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-198-0 Depósito legal: M-7282-2013

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A los leales

—La muerte, señores, la muerte. La muerte es nuestra moneda, nuestro servicio. Si la vida implica un peso, la muerte lo retira. Esa es la función de la Agencia, conseguir que la balanza se mantenga equilibrada.

»Sabemos matar, y matamos. Retiramos piezas para que nadie gane. Así el juego continúa. Y la vida con él.

—¡Y la vida con él! —respondieron todos al unísono.

Era el único discurso que Lander había dedicado a la Agencia. Lo hizo en su primera reunión y lo repetiría cada vez que se iniciara un trabajo. La respuesta a la proclama surgió de Bill en esa ocasión primera, y todos se le sumaron con fe y esperanza. Ni una cosa ni otra habían menguado desde entonces.

El gran serbio, **Nenad** Krkic, examinó a los presentes como solía, para recordar su circunstancia, su presente. Tenía cuarenta y seis años y necesitaba a todas horas un ancla. Fue a fijarse directamente en su hijo.

Marko... si con dieciocho ya era tan alto y fornido como él, ahora con veintiséis transmitía su misma fiereza, o casi: un aire dulce evocaba la belleza de su madre.

Repartidos por la mesa, el resto:

Lander; pese a su tez morena, lo sabía nacido en Alemania. La mandíbula cuadrada, el pelo rizado a media melena y una modélica nariz aguileña componían más un atractivo cincuentón vendedor de alfombras que lo que realmente era: el mejor asesino conocido.

Yukio, de Okinawa. Todo él parecía hecho de piedra. Dos detalles sugerían una genealogía marcada por el hambre: su baja estatura y un rostro de lo más desagradecido que empeoraba una dentadura de disposición aleatoria. Su edad era un misterio, aparentaba entre veinticinco y cuarenta.

Tampoco se conocía la de Sergey, pero era evidente que sería de unos cuarenta y cinco. También ocultaba su origen, o lo intentaba... Sus ojos azules, pelo graso, rasgos curtidos, aire melancólico y acento terrible hacían apostar claramente por Rusia.

Checky; texana, estrategia impecable, gran maestra de ajedrez a los catorce años. Ya tenía cuarenta. Su cuerpo menudo y carita de ardilla le restaban unos cuantos.

Mario; calabrés, veintiocho años, clásico italiano del sur, moreno y altivo.

Siracusa; diez años mayor. Pese a ser lombardo parecía hermano de Mario, igualmente moreno y aún más altivo.

Bill; irlandés, lucía unas entradas injustas a sus treinta. La mirada tranquila y la desarreglada barba rubia le conferían un aspecto de lo más afable.

Paulo; carioca de treinta y dos años. Su porte masculino contrastaba con los finísimos rasgos de su cara. Mulato, ojos verdes, pelo rizado castaño con reflejos rubios.

Quince veces se había repetido la escena, pero esa decimosexta sería especial, porque, además del objetivo, había otro punto en el orden del día.

—Agencia —dijo Lander—, tenemos una solicitud de ingreso que deberíamos estudiar.

Las reacciones al anuncio fueron dispares. Solo Yukio, a quien únicamente el alcohol le forzaba a mostrar emociones, y Sergey, quien por su condición de secretario ya debía de estar al corriente, no cambiaron de rictus.

—Yo os alisté a todos —continuó el germano—. Empezamos juntos desde el principio. El mismo equipo, misión tras misión. Sin bajas, como debe ser. Entiendo cierta desconfianza ante la perspectiva de integrar un nuevo miembro. Esa desconfianza es necesaria, en innumerables ocasiones nos ha mantenido vivos. Por eso no estoy hablando de un futuro miembro, sino de un posible.

Un haz de luz surgió del centro de la mesa oval y se extendió verticalmente, formando la figura de una joven de metro setenta, constitución atlética, rasgos árabes y muy bella. Su mirada divertida era el detalle que la hacía más atractiva. Una vez proyectado, el holograma empezó a girar sobre sí mismo y a cambiar levemente de postura, como si estuviera posando y le agradara la situación.

—La candidata —explicó Lander— se llama Layla Idriss Ali. Nació hace treinta y cinco años en Gaza, en el seno de una familia importante de Palestina. Todos (padre, madre y dos hermanos) murieron en un ataque con misiles de una facción judía cuando tenía nueve años. Su gobierno no respondió al ataque, consiguiendo así frenar la espiral de violencia que asolaba la zona, además de una cuantiosa recompensa de la ONU. Pero a Layla eso no le pareció bien y empezó a dedicarse en cuerpo y alma a la destrucción de sus enemigos, quienes para ella no solo eran los que la dejaron huérfana sino también los judíos que no condenaron el atentado, los moderados de su gobierno y cualquiera que tuviera trato con ellos, juntos o por separado. En resumen: todo el mundo.

»Insaciable, cruel y perfeccionista, ha aprendido disciplinas de lo más variadas. El informe que Sergey os ha dejado en vuestras habitaciones es más específico. Ha realizado encargos para todo tipo de organizaciones y parece que disfrutó con cada uno de ellos. Ha sido selectiva e indiscriminada, sutil y escandalosa, ha demostrado ser capaz de adoptar cualquier estilo y siempre con éxito: nunca falló un objetivo. Y de golpe, tras ser la espada más popular de Asia Menor, desapareció hace cinco años.

»El mes pasado alcanzó nuestro último escalón de seguridad. No la descubrimos nosotros, se entregó ella pidiendo una entrevista. Eso implica dos cosas: la primera, no somos tan invisibles como creíamos; la segunda, el talento que ha demostrado merece que nos planteemos su incorporación.

El holograma se desvaneció. Lander se inclinó levemente hacia delante y su tono se tornó sombrío.

—Ha tardado tres años en llegar hasta la Agencia. Sabe que si no la aceptamos, la mataremos. Creo que eso demuestra motivación suficiente.

Se echó para atrás y continuó con voz tranquila:

—La mantendremos encerrada en la celda durante los próximos meses, suficiente para que nuestro aparato nos asegure que está limpia. Mientras tanto, señores, tenemos un trabajo que hacer. Nos vamos a Tailandia.

Durante las horas que siguieron, Lander fue desgranando los pasos para alcanzar el objetivo, a quién correspondía cada tarea, ya fuera de investigación, desarrollo o acción, y las razones que le habían llevado a aceptar esa misión. Siempre dejaba esa parte para el final, así conseguía acabar las intensas reuniones en un clima de alta motivación.

Jin Won, un exmandatario del fútbol coreano, se había movido con suficiente habilidad como para convertirse en el hampón más importante del sudeste asiático. Empezó con apuestas y diversificó sus actividades hasta llegar a lo más alto. Él solo controlaba el cuarenta por ciento de los negocios ilegales que se extendían entre la India y el sur de Japón. Era cuestión de tiempo que se hiciera con el sesenta restante, aún en manos de organizaciones enfrentadas. Enfrentadas hasta entonces, porque se habían unido para conseguir los servicios de la Agencia. Y el precio que iban a pagar era más alto del que se imaginaban. Por un lado, estaba la fortísima suma a desembolsar y por otro, el gasto humano que le sucedería. Una vez eliminado Jin Won, un sinfín de lugartenientes iba a despedazar su imperio. Los seis clientes también intentarían sacar provecho, pero su falta de liquidez limitaría sensiblemente sus posibilidades. El poder de la zona iba a ser atomizado. Pasarían un mínimo de cinco años antes de que alguien se hiciera con una influencia digna de consideración. Y mientras los tiburones se comieran entre sí, el mar en gran parte estaría tranquilo.

Una vez acabada la reunión, Lander los emplazó para la hora de la cena. No iban a coincidir todos de nuevo hasta poco antes del trabajo. Checky, como táctica, sería la primera en marchar; a la mañana siguiente tomaría un avión para empezar a detallar actuaciones in situ. Bill la seguiría en breve, los explosivos que necesitaba se los administrarían los clientes, quería comprobar su calidad y, a ser posible, hacer algunas pruebas. Paulo y Yukio, en funciones de apoyo, no tenían prisa por llegar; debían localizar algunos puntos desde

los que supervisar y cubrir a los ejecutores, dos semanas les bastarían. En este caso los ejecutores serían las parejas Mario-Siracusa y Nenad-Marko; llegarían en barco pocos días antes. Mientras tanto se quedarían en la base entrenando y, sobre todo, compitiendo entre ellos. Sergey ejercería de árbitro. Él era el único de los presentes que no era un asesino; si lo había sido antes, nadie salvo Lander lo sabía; hacía las veces de secretario para todo y para todos; él se encargaría de la logística desde la base.

Respecto a Lander... tenía una frase para referirse a sí mismo: «Soy vuestro comodín, espero que nunca me utilicéis». Se suponía que supervisaba la actuación desde la parte más vulnerable. Hasta el momento nunca había sido necesaria su ayuda.

A medida que la gente llegaba al comedor, se abalanzaba sin demora sobre los aperitivos que surtían el centro de la mesa. La reunión había sido larga y, tras la ducha, un hambre voraz hacía acto de presencia.

El ambiente era increíblemente distendido. El mismo grupo de personas que esa tarde había preparado tan profesionalmente un asesinato ahora departía animado, felicitándose por la comida.

—¡Sergey! ¿Has hecho tú estas croquetas? ¡Están buenísimas!

—No, Bill, yo no cocino.

—Pero preparas el menú ¿no? Es igual, tú pon siempre croquetas. ¿Las has probado, Marko? ¿Marko?

—No te oye —respondió Checky con su voz chillona—. Es que se ha enamorado.

—¡¿Pero qué dices?! —se revolvió Marko.

—Digo que nunca había visto a nadie babear así frente a un holograma.

—¿Es que estás celosa? —apuntó con malicia Mario, provocando la risa de Siracusa.

—Vosotros seguro que no.

—Pues no, nosotros no —zanjó Siracusa, y Mario le devolvió la mirada cómplice.

Nenad, algo incómodo, se había alejado de esa conversación para unirse a Lander y Yukio. También ellos hablaban de Layla.

—No me gusta —sentenció el serbio.

—No me creo que hayas leído el informe. No has tenido tiempo —comentó jocoso Lander.

—¿Tú qué piensas, Yukio?

—No puedo juzgar rápido como tú, Nenad.

—¡¿Que no puedes juzgar rápido?! ¡Por favor! ¡Te he visto juzgar y condenar más rápido que la luz!

—Eres muy amable —reconoció Yukio con una afectación imperceptible y una leve reverencia.

En ese instante llegó Paulo, espléndido, con el pelo brillante y la ropa más informal de la última pasarela de moda. Agradecido por la atención que recibió, dijo a la sala:

—Es que si no llego el último, no luzco. ¡Vamos, a cenar!

Todos tomaron asiento. Un servicio tan rápido como imperceptible retiró las fuentes semivacías y las sustituyó por otras con guisos humeantes. La gente se sirvió, pero esperarían a que Lander hiciera lo propio antes de coger los cubiertos. Frente al único plato vacío, se levantó para dirigirse a todos:

—Solo una cosa antes de que nos separemos: estudiad el informe de Layla, pensad en ella como miembro, preguntaos si nos ayudará y si lo creéis conveniente; buscad más información, aunque sepáis que las investigaciones de Sergey son difícilmente mejorables. Antes de celebrar el éxito de nuestra próxima misión os quiero con una opinión... —Dirigió la mirada a Nenad—. Bien fundada. Entonces emitiremos un juicio. Nada más. A comer.

La competición entre las dos parejas comenzó esa noche con una partida de dardos. Quedó fijado que el primer punto se lo llevaría la pareja a la que perteneciera el primer clasificado. Era una medida a favor de los italianos ya que, sumando puntos, Nenad y Marko eran imbatibles. Sergey iba a tener que esforzarse muchísimo adulterando la competición sin que fuera demasiado evidente. Quedaban más de once semanas antes de partir hacia Tailandia y, si no hacía algo al respecto, la pareja serbia podía haber humillado a la italiana en menos de un mes.

—*Bravissimo!* —exclamó Mario.

Siracusa acababa de ganar la partida un turno antes de que lo hubieran hecho Nenad o Marko. A estos dos se les notaba el enfado. El vencedor se dirigió a ellos:

—No deberíais beber antes de lanzar dardos.

—No habrás bebido —señaló Marko—, pero has ganado por una sola tirada. Y tu compañero ha estado penoso.

—¡Es que usaba la mano mala! —mintió Mario; todos sabían que era ambidiestro.

Nenad aprovechó la conversación para escabullirse hacia la salida. De camino, paró un momento y le deseó suerte a Checky. Fue el primero en abandonar el Patio.

Así es como llamaban a su zona de relax: un gran espacio con ventanales tintados a través de los que podía verse el tráfico perezoso y nocturno. De las paredes colgaban enmarcados pósteres de películas que nadie había visto. Había

mesas bajas y sofás, una barra, una mesa de billar, una pantalla gigante que permanecía apagada y varias máquinas recreativas de diferentes generaciones. En una de ellas estaba Yukio, concentrado.

—Tengo juegos mejores —comentó Marko poniéndose a su lado.

—No.

—¡Sí, sí!, en serio, tengo un...

—No hay juegos mejores —sentenció Yukio con la seriedad de una roca.

Marko se retiró dos pasos instintivamente. Bill le puso una mano sobre el hombro y se dirigió a él, sin dejar de mirar la pantalla iluminada.

—Lo que quiere dejar claro Yukio, mi joven amigo, es que *Space Invaders* es «el juego», y que los demás solo han intentado acercarse sin éxito.

—Pues los que yo tengo no se parecen en nada...

—Porque son mucho peores.

—Pero ¿qué dices? ¿Has visto esos gráficos?

Bill sonrió. Yukio hizo lo propio, acababa de pasar de nivel. En el intervalo entre una pantalla y otra alcanzó su vasito de sake, le dio un sorbo y lo volvió a dejar sobre el alto taburete que tenía al lado.

—No se trata de gráficos —explicó Bill—, ni de sonido ni de efectos. Se trata de una idea que implique diversión. Cuanto más simple, más genial. Mira esto: dieciséis colores, una escuadrilla de marcianos y una nave para defender la Tierra. ¿No te parece glorioso?

Bill parecía exultante, estaba disfrutando al oírse.

—¿Y no crees que una tercera dimensión le haría bien al juego?

—¡Bah! Puro maquillaje. Sería como esos muñecos a los que les cambian el uniforme y te los venden como un juguete distinto. La idea no mejora, así que la diversión tampoco aumenta.

—¿Y tan divertido lo encuentras, bueno, lo encontraréis?

—No te imaginas hasta qué punto. Este juego es el alma de la que los tuyos care...

—Perdona —le cortó Marko—, me voy a servir algo. ¿Quieres que te traiga...?

Bill negó con la cabeza rápidamente. Mantenía la sonrisa, pero parecía importunado por no haber podido continuar con su disertación y, antes de que se le notara, se fue hacia el billar. Marko se metió en la barra y se sirvió una Pilsner Urquell.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Lander, que junto a Sergey le miraba desde el otro lado.

—Nada, es que me estaba metiendo un rollo sobre...

—*Space Invaders* —se adelantó Sergey.

—¿A ti también...?

—¡A mí y a todos! Verás, Marko, en este mundo hay gente rara, pero los más raros de todos son los japoneses. Si crees que Bill se puede haber molestado, te equivocas, pero a Yukio lo has decepcionado, Bill solo hablaba por boca de

él. —Lander asintió con media sonrisa—. Si se les mete algo entre ceja y ceja se obsesionan de una manera inigualable. Cuando en Japón aparecieron las máquinas con el *Space Invaders*... ¡se agotaron las monedas en todo el país! Tuvieron que fabricar millones más con urgencia.

—¿Y con eso qué me quieres decir?

—Que Yukio —respondió Lander relevando a Sergey—, como buen japonés, también cae en obsesiones, pero son muy pocas, y para él son importantes. Tú escúchale hablar sobre *Space Invaders*, aunque lo haga a través de Bill, y con el tiempo te enseñará a usar la espada como un maestro.

—O los dardos —añadió Sergey.

—¡Oye! ¡Que si perdimos fue por...!

—¡Tranquilo! ¡La sangre serbia te pierde! —trató de calmarle Lander, burlón—. Tienes mucho tiempo para demostrarles a esos dos lo que vales.

Esos dos a los que se refería estaban en un lado de la sala, frente al menú de la *jukebox*. Siracusa escogía y Mario, bastante borracho, bailaba el tema frente a él. Ambos se reían con ganas. Marko no se veía entrando en un juego así y, por cambiar de ambiente, fue hasta la zona del billar. Se apoyó en la pared junto a Paulo, que le rodeó los hombros con el brazo amigablemente, atrayéndolo hacia sí.

—¿Qué tal, chaval? ¿Cómo vas?

—Yo bien, ¿y ellos? —preguntó señalando la partida entre Bill y Checky.

—Pues por una vez Checky no le está vapuleando y solo se limita a ganarle.

—¡Pero estoy mejorando! —apuntó el irlandés.

—Sí, mucho... —murmuró Checky.

La chica dio una tacada y metió una bola. Cambió de posición, metió otra, luego otra y otra y la negra donde debía, todo en un minuto.

—Te he mentido, Marko, Checky ha vuelto a apalizar...

—¡Bueno, chicos! —exclamó victoriosa—. ¡Me voy a la cama! ¡Nos vemos en Tailandia! —Su exagerado acento americano la hizo sonar aún más estridente.

La chica fue hacia Marko y Paulo y les obsequió con un beso en la mejilla, después le dio un par de palmadas en la espalda a Bill, que se hallaba circunspecto observando un tapete verde en el que solo quedaban seis bolas rayadas y una blanca. Mientras Checky se alejaba para despedirse del resto, el irlandés se lamentaba:

—No lo entiendo, os juro que no lo entiendo, ¡se supone que soy un genio de la física! ¡Soy un genio de la física! Sé exactamente dónde irá a parar cada bola tras un golpe, pero Checky... ¡Joder, parece que adivina el futuro!

—En cierto modo lo hace —le consoló Marko—. Te ha estudiado, Bill, te conoce y sabe por dónde vas a atacar, antes incluso de que lo hayas decidido. En realidad haces lo que ella quiere que hagas, es como si estuviera jugando por los dos.

A Marko le había pasado lo mismo cuando empezaron a jugar al ajedrez. Estaba claro que iba a perder, solo faltaba comprobar cuánto aguantaría. Y fue en la primera partida en la que más duró. A partir de entonces le fue conociendo más y más y, aunque él también aprendía, cada vez duraba menos sobre el tablero. Intentó copiar la táctica de Checky y se encontró con un muro impenetrable. Nunca consiguió adelantarse, vislumbrar su intención. El chico no se dio por vencido. Pasó dos años sin jugar con ella, desarrollando otro estilo de juego. En el reencuentro frente a las piezas ocurrió lo que la primera vez, sobrevivió bastante en situación igualada. Luego Checky fue superándolo cada vez con más autoridad. Marko se rindió: no pensaba invertir dos años más para lograr media partida igualada. La parte positiva era que había mejorado lo suficiente como para superar a su padre. Eso le llenaba de orgullo. Por fin era mejor que él en algo.

Lo que no sabía era que Nenad, por la misma razón, estaba aún más orgulloso. En ese momento le observaba desde la pantalla de su habitación. El gran serbio se había cansado del partido de balonmano que estaba viendo poco antes, tampoco estaba de humor para leer el informe sobre Layla, así que, tumbado en la cama, fue buscando entre los canales del circuito cerrado del edificio hasta encontrar el de la cámara que incluyera en plano a Marko. Allí estaba, tan joven, tan puro, tan fuerte. Y tan parecido a su madre. Nenad se acurrucó, apagó la pantalla y despidió el día susurrando:

—Te quiero, hijo.

Bill seguía con los ojos más abiertos que las troneras de la mesa y hacía aspavientos en actitud cómica.

—¡Pero, pero...! Entonces, ¿cómo lo hago? ¿Cómo la gano?

—Sorpréndela —le sugirió Marko.

—Pero ¿cómo? ¿Meto sus bolas?

—O coge el taco al revés —propuso Paulo.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo riendo Bill—. Si no me queréis ayudar, ¡sufriréis mi ira! ¡Venga! ¿Quién juega? ¿Quién de vosotros quiere que le machaque como a un gusano pequeñito y asqueroso?

—¡No me apuntes con el taco, sucio irlandés! —le advirtió Paulo, exagerando su ofensa—. Yo mismo me dejaré ganar para que duermas tranquilo.

—¡Así me gusta! —aceptó Bill—. Y tú, Marko, no te vayas muy lejos porque eres el siguiente.

—No sé dónde quieres que vaya... —murmuró el joven con amargura.

Sin hacer caso a su comentario comenzaron la partida. Marko observaba apático. «No te vayas muy lejos», qué remedio; solo en la Agencia podía con-

siderarse a salvo. Le costaba recordar una vida anterior a su ingreso. Nada esperanzador le aguardaba más allá de esas paredes, solo la emoción tensa de las misiones y la calma infinita de las vacaciones con su padre. Se sentía a gusto con sus compañeros, pero a veces le apenaba darse cuenta de que no pudo escoger, y le habría gustado. Excepto él, todos tuvieron otras opciones, incluso su padre. Todos excepto él. Cuando le invadían estos pensamientos, la vida le parecía una mierda.

—¡Marko! —gritó Bill—. ¡Que te toca!

—Ah, sí, claro...

Esa noche la pasó intranquilo. Aprovechó el desvelo para abrir el informe sobre Layla. Al cabo de diez minutos ya no pudo dejarlo. Lo acabó en tres horas y durmió sereno, atizado por un punto de excitación extraña.

Nenad se levantó a las seis y media. Abrió el armario en calzoncillos y descolgó un pantalón militar. Lo dejó encima de la cama. De un cajón sacó unos calcetines finos y otros gruesos. Tras un segundo de indecisión también sacó una cajita forrada de terciopelo azul. Se sentó en la cama, soltó los calcetines y abrió la caja. Ni las formas, las letras o el relieve le llamaban la atención en esa medalla, eran los colores de la bandera central los que le hipnotizaban y le transportaban ocho años atrás...



Era el capitán del mejor equipo de balonmano de la historia. Nada podía privarles de su sexta Copa de Europa consecutiva, nada excepto un robo arbitral. Y eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Ni la federación ni las televisiones estaban interesadas en que repitieran corona, los largos reinados provocaban descensos de audiencia, así que todo estaba arreglado para que cedieran el cetro continental esa tarde.

Debido a su pasado chetnik, Nenad era la persona más odiada en el pabellón olímpico de Zagreb. Los dieciocho mil espectadores no habían dejado en ningún momento de insultarle a él y a su familia. Marko se encontraba junto al banquillo visitante, rodeado de unos policías que tímidamente pedían al público que dejaran de increpar con tanta violencia. Ante ese panorama, Nenad se congratulaba de haber convencido a su mujer de quedarse en el hotel junto al resto de esposas.

A pesar de que el partido estaba amañado, el equipo de Nenad, con un juego inmaculado y valiente, había conseguido llegar al final con una posibilidad de victoria. Tenían la posesión y el tiempo suficiente para buscar el gol que les daría el título. Los árbitros, deliberadamente, advirtieron juego pasivo. Obligado por la circunstancia, el serbio, que acababa de recibir el balón a diez metros

de la portería, amagó el pase y soltó un latigazo que se coló por la escuadra. Quedaban cuatro segundos, los suficientes para que el pivote contrario recibiera y fingiera un penalti que iban a pitar sí o sí. Entonces, pese a su metro noventa y cinco y sus ciento veinte kilos, Nenad se anticipó a la jugada y con un salto increíble interceptó el balón. Cayó sobre el parque hecho un ovillo, protegiendo la pelota contra su vientre. Los jugadores croatas se abalanzaron sobre él, propinándole toda clase de golpes para que la soltara, pero pasaron los segundos y a los árbitros no les quedó más remedio que pitar el final. Los rivales, resignados, dejaron en paz al héroe del partido. Este se levantó y lanzó un grito repleto de rabia y orgullo desde el centro de la cancha que resonó en todas las televisiones de la extinta Yugoslavia, enardeciendo a una audiencia millonaria para bien y para mal. En ese momento Marko se abrazó a su padre y sacó de debajo de su camiseta una bandera de Serbia.

Después de lo sufrido, tras ganar ese título imposible tragando una tras otra todas las provocaciones imaginables, Nenad se sintió con derecho a ondear los tres colores más repugnantes para los asistentes. Siempre se preguntaría si fue eso, mostrar tres colores, lo que desencadenó los acontecimientos. Las monedas empezaron a volar al instante, y con ellas llaveros, mecheros, anillos, móviles y sillas recién arrancadas. Un espectador saltó dispuesto a golpear a padre e hijo, pero el resto del equipo se lo impidió rodeándolos. Media docena más saltaron después.

Nenad y Marko seguían allí, en medio de todo, sintiéndose dioses, alzando su amada bandera en ese campo enemigo recién conquistado, escoltados por el mejor equipo de balonmano de todos los tiempos. A los policías, con buen criterio, no les pareció suficiente protección; la invasión del campo era inminente, así que forzaron a los campeones a seguir el camino hacia el túnel de vestuarios. Al no disponer de tiempo para discutir, se emplearon con fuerza, ello implicó utilizar las porras contra esos gigantes a los que pretendían salvar. Esa imagen televisada no contribuyó a sosegar los ánimos. Tres horas más tarde, subieron a los jugadores en furgones policiales y los llevaron al aeropuerto, donde tomaron un avión que les devolvió a casa. Sus esposas, les dijeron, ya habían partido en un vuelo anterior, lo cual era casi cierto.

Pocos minutos después del partido, una cincuentena de exaltados habían entrado en el hotel de concentración con la intención de saquear las habitaciones de los jugadores. «Sexto piso», dijo el conserje amenazado. Las mujeres, insultadas con saña, salieron corriendo y bajaron a recepción, todas menos Nadja Vujovic, que se encaró a los asaltantes. Les dijo que se largaran, que no tenían derecho a estar ahí. Era tan dura que Nenad solía decir que era ella quien llevaba los pantalones en casa; pero Nadja nunca llevaba pantalones. Por principios, vestía

faldas cortas que mostraran sus perfectas piernas de exwaterpolista olímpica. Alguien la reconoció, su actitud la delataba y era un rostro popular. Se hizo un corro a su alrededor. La zarandearon. Alguien soltó un puntapié. Una mano le tiró del pelo. Otra le rompió la blusa. Instintivamente se llevó las manos a los pechos, ello la privó de defenderse del primer puñetazo. Aturdida, cayó al suelo. Una patada en la barriga le robó todo el aire; aunque hubiese querido, ya no podía pedir ayuda. Boqueando como un pez fuera del agua fue recibiendo golpes hasta que le partieron la mandíbula y quedó inconsciente. Le arrancaron lo que le quedaba de ropa. Dos integrantes de la turba intentaron violarla, sin éxito. Con la respiración muy débil y el cuerpo ensangrentado y maltrecho, creyeron que estaba muerta y perdieron la erección. Para compensar, vejaron lo que creían un cadáver con la pata rota de una silla. Entre risas y ánimos la lanzaron por la ventana. Pocos segundos después de impactar contra el suelo, Nadja Vujovic murió por hemorragia interna. Los asesinos bajaron para escupir y orinar sobre su cadáver. Se felicitaron mutuamente antes de escapar para siempre. Esa escena también la captaron las cámaras.

Unos días más tarde se inició oficialmente la segunda guerra de los Balcanes. Muchos consideraron a Nadja su primera víctima.



¿Debía culpar a la bandera? ¿Habrían ido esos locos al hotel si no la hubiera mostrado? En ese punto Nenad se quedaba bloqueado, meneaba un poco la cabeza y volvía al presente. Guardó el estuche con la medalla. Se puso los calcetines finos, luego los gruesos, el pantalón y las botas que, aunque limpias, repasó con un trapo. Por último cubrió su enorme torso con una camiseta verde de tirantes. Tenía la forma física de un campeón mundial de los pesos pesados.

Pasó el día entero intentando, con éxito, mantenerse aislado. Tras desayunar, se ejercitó en el gimnasio y a continuación en la piscina. Se duchó. Almorzó en su cuarto y se quedó dormido leyendo el informe «Layla». Al despertar, bajó a la galería de tiro a practicar. No estuvo fino. Comió algo más y volvió al gimnasio. Después, otra ducha. Un plato precocinado le acompañó el poco rato que retomó el informe. Se tumbó en la cama y se concentró en el tablero de ajedrez que había a su lado. Era una partida calmada, sin límite de tiempo. Su oponente era Sergey. Habían comenzado un año antes, llevaban dieciocho movimientos y era su turno. Nenad se concentró. Quería volver a asegurarse de lo que quería hacer, pero lo tenía claro; lo tenía claro desde hacía un mes. Estaba esperando, más que una iluminación, la oscuridad imperfecta de un día feo como el que acababa de vivir. *Al menos habré movido*, se consoló. Con el mando conectó la pantalla, en el canal de mensajes grabó la nueva situación de su caballo. Sergey se enteraría en cuanto se fuera a dormir. *Conociéndole*, pensó Nenad, *esta noche se le hará muy larga*, y sonrió con un deje de maldad amable.

Sin darse cuenta, ya estaba cambiando de canal, buscando a su hijo. Lo encontró en el Patio, observando a Sergey agitar la coctelera; parecía muy interesado. Desde hacía un tiempo tenía la sensación de que su hijo estaba cambiando. Con este último pensamiento cayó dormido.

—¿Qué estás preparando?

—¡Ah, Marko Nenadovich! ¡Este es el mejor manhattan del mundo! Muy parecido al original ¡pero mejor! ¿Quieres uno? ¡Es una bomba!

—No. Prefiero cerveza —contestó Marko balanceando su botella.

—¡Tú te lo pierdes!

Sergey destapó la coctelera y vertió el contenido en un vaso cónico que había sacado de la nevera. Añadió unas gotas de angostura y dio un primer sorbo.

—¡Ooooh! —exclamó.

Luego esperó un par de segundos, tomó otro trago y soltó aún más alto:

—¡Ooooh!

Paulo apareció preguntando:

—¿Quién te la está chupando detrás de la barra, *tovarich*?

—Mí querido Pavlovsky, ojalá la mitad de las mamadas que me han hecho fueran tan buenas como este manhattan...

—Pues ponme uno, desde que no piso Francia no me la chupan como Dios manda.

—¿Tan bien lo hacen, digo, las francesas? —intervino Marko tímidamente.

—Las francesas, amigo, cuando usan la boca son inigualables. ¡Pueden hacer que te corras con un beso!

—¿De verdad?

—Te está tomando el pelo —terció Sergey—. Inventa más que habla.

—No me quites mérito, camarada, ¿qué hay de malo en mejorar las historias? Y tú, Marko, ¿qué me dices de las serbias?

—Eh, sí... están bien —contestó azorado.



Las serbias... no había estado con una desde que una enfermera le vendó un brazo durante la guerra, y antes tampoco tuvo demasiados contactos. A los doce años lo matricularon en una escuela militar de altísimo nivel. Solo coincidían con chicas durante el baile de primavera. Eran las alumnas del exclusivo liceo Skrvic para señoritas. Había profesores de ambos centros rondando, así que en una noche poco se podía hacer, pero se intentaba. Con trece años bailó agarrado a Maria Mirkovic y al despedirse se dieron un largo beso en los labios; al año siguiente se escondieron por los jardines y durante dos horas se besaron con lengua y se frotaron el uno contra el otro. A los quince, Marko

tenía más posibilidades de éxito que nadie, pero al aparecer las chicas, Maria Mirkovic no estaba. La habían expulsado. Una amiga suya aceptó bailar con él y pasear alrededor del lago, pero nada más. A los dieciséis, con Ivana Teleovic llegó al mismo punto que con Maria. A los diecisiete, en su último año de colegio, cuando la rumorología aseguraba que lograr un triunfo sexual era más fácil que nunca, el baile coincidió con la quinta final que iba a jugar su padre de manera consecutiva, igualando la mejor serie de la historia. Nenad consiguió que permitieran a su hijo asistir. Él hubiera preferido quedarse. Al año siguiente también obtuvo permiso para ir, pero las circunstancias no tenían nada que ver: se encontraba en el ejército, en el durísimo curso para oficiales. Su comandante le llamó al despacho, le habló sobre lo orgulloso y afortunado que debía sentirse por ser hijo de quien era y le conminó a mostrarse fuerte y seguro frente a la televisión croata. Le dio treinta y seis horas y una bandera, «Por si ganáis a esos cabrones».

Si el contacto femenino era mínimo durante la escuela, en vacaciones no mejoraba. Los tres integrantes de su familia se aislaban en alguna cabaña perdida en la montaña, a mucha distancia de cualquier signo de civilización o congregación humana. Sus padres creían que era lo que necesitaba tras todo un año alejado de ellos. Cazaban, pescaban, cortaban leña y una vez por semana caminaban veinte kilómetros para comprar suministros en el pueblo más cercano. Marko soñaba con encontrar en una de esas visitas a la nieta de un algún aldeano que quisiera pasar unos días con ellos. Otra posibilidad era la de que apareciera una excursionista perdida. Esto segundo sí ocurrió, lo malo fue que la excursionista apareció acompañada de su novio. En una de las noches que pasaron acampados junto a su cabaña, Marko fantaseó con la idea de matar al chico, enterrar el cadáver y a la mañana siguiente explicar a su novia que la había abandonado por fea, pero que él estaba allí para consolarla. En su cabeza ella aceptaba.

Por suerte, Nadja y Nenad le mantenían suficientemente activo como para ignorar casi siempre la caótica situación hormonal que vivía. Pero al reiniciarse el curso, al escuchar las vivencias de sus compañeros, se preguntaba por qué sus padres no serían normales.

Luego llegó la guerra, tres años más pendiente de conservar su sexo que de utilizarlo. En la unidad donde sirvió, comandada por su padre, no había mujeres y sí reglas muy estrictas en cuanto a derechos de pernada. «¡Nosotros no violamos!», gritaba Nenad antes de capturar una plaza. «¡Somos mejores que ellos!» En la práctica ese «ellos» comprendía la totalidad de los ejércitos enemigos y el resto de la tropa serbia. Era a estos a los que oía fanfarronear sobre formas y cantidades: en una mezquita, madre e hija, hermanas vírge-

nes con los padres mirando tras arrancarles los párpados... Marko odiaba a los que hablaban, y en ocasiones se odiaba a sí mismo por querer emularles. Con frecuencia venía algún soldado satisfecho a comentarle que en tal o cual pueblo se había encargado de vengar a Nadja. Le hacían sentir fatal. Él solo quería una chica en quien pensar, y con el tiempo, adorar como a su madre.

Tanta frustración derivó en fanatismo marcial y absoluta lealtad hacia su padre. Se convirtió en el mejor soldado de la unidad, y la unidad, la mejor entre las combatientes. No había nombre bravo que les hiciera justicia, por eso cuajó «Анђели», «Los Ángeles», como antilogía redonda.

En el bar de un cuartel donde pasaron la noche, alguien opinó que mejor deberían llamarse «Los Maricones», por lo que se sabía de su política sexual. En ese momento se encontraban presentes solo diez Анђели, Marko incluido, frente a veinticinco locales. La pelea duró minuto y medio, se saldó con diecinueve soldados en la enfermería, seis huidos que juraron no haber visto nada y los diez Анђели formados frente al barracón dando parte; Nenad simuló abroncarles y les hizo entrar. Luego fue a ver al coronel del batallón, quien le hizo saber que el descontrol de sus hombres iba a retrasar la ofensiva del día siguiente. Nenad anunció que no iban a retrasar nada: ellos se encargarían del ataque que tenían que llevar a cabo los bocazas que en ese momento yacían en camillas, además de su propia operación de limpieza. El coronel no le creyó pero tampoco tomó medidas disciplinarias.

De vuelta con los suyos explicó la situación, estudiaron los mapas, cargaron el equipo y se pusieron en marcha justo al anochecer. Nadie en la base se inmutó, gozaban de un alto grado de independencia, sin duda ganada a pulso. Tras la pelea en el bar, algunos Анђели padecían lesiones de diferente signo. Entre todos repartieron su carga y algunas tareas, pero no les dejaron atrás.

A las dos de la madrugada, la mitad de los soldados de la compañía estaba a un movimiento de neutralizar centinelas enemigos. Cuando Nenad lanzó la bengala, todos miraron al cielo. En el momento en que empezó su descenso, los cuchillos penetraron cuellos, riñones y bazos. Fue una entrada limpiísima, dieciocho muertos y el pueblo aún dormía. El resto de las secciones entró con sigilo, colocó cargas y las detonó simultáneamente. Apostados en lugares seguros, se dedicaron a matar a todo aquel que saliera de una casa armado o vistiendo alguna prenda mimetizada.

La mayoría de los civiles salió corriendo carretera abajo y los Анђели lo permitieron. Todos los que permanecieron en el pueblo fueron eliminados. Nenad se desprendió de diez soldados para asegurar el emplazamiento. Treinta continuaron hacia el siguiente objetivo, atravesando el bosque que flanqueaba la carretera, viendo de lejos la caravana de miedo que habían puesto en fuga. Los francotiradores enemigos salían de sus escondites para preguntar qué había pasado, pero nadie les dio una respuesta clara, así que decidieron escol-

tar a sus paisanos hasta un refugio decente. Al fin y al cabo, con los serbios tan cerca, lo más prudente era hacerse fuertes un paso atrás. Al llegar, aún no había amanecido.

Las tres escuadras de morteros de Marko iniciaron un ataque feroz contra los atrincheramientos frontales. Por la cara este, Nenad guiaba alternativamente a las ametralladoras ligeras y a los lanzagranadas que consiguieron abrir brecha. Mientras, por el oeste, los francotiradores causaban bajas aleatorias. Los refugiados que acababan de llegar se pusieron a correr de nuevo hacia el sur, la única salida restante. Sus vecinos, al verlos huir desesperados ante el sorpresivo ataque, se contagiaron del pánico. A esa marea humana se unieron gran parte de los defensores, incapaces de resistir una ofensiva a gran escala como la que creían que se estaba dando.

Meticulosamente, los Анђели limpiaron su segundo pueblo en cinco horas. Todo había ido tan rápido que ni siquiera les habían dejado bombas trampa. El descubrimiento de un pequeño arsenal les acabó de arreglar el día, ya que estaban prácticamente sin munición. Entre las armas halladas había varios lanzacohetes antitanque; con ellos frenaron una columna blindada que acudía a recuperar el pueblo. Tras perder su segundo tanque, la fuerza de reconquista dio marcha atrás.

Ni los mandos más optimistas esperaban controlar esos dos enclaves en menos de una semana. Tuvieron que redistribuir tropas a toda prisa para desplegar un dispositivo de defensa eficaz. Esa noche, la cantina que habían destrozado veinticuatro horas antes fue territorio exclusivamente angelical, un reservado para los nuevos héroes.

La hazaña fue exagerándose de boca en boca excepto en un detalle: durante esa misión no sufrieron ni una baja. Tampoco hubiera sido grave, a partir de entonces se acumularon miles de solicitudes de soldados con experiencia ansiosos por entrar en la compañía, rebautizada popularmente como «Анђели истребљивачи», «Los Ángeles Exterminadores». Tras esa jornada, como tras tantas otras, Marko se sentía feliz, junto a su padre, sus compañeros, sus armas y la convicción de que estaba cumpliendo con un deber forjado por la desgracia.



Como miembro de la Agencia, esa convicción no le había abandonado, pero los años alargaban un rastro de pesadumbre que parecía atado a su sombra. Se estaba acostumbrando a considerar la fatalidad como guía de su destino.

Paulo seguía contando historias de amoríos. Sergey reía a menudo porque la mitad de lo que oía tenía todos los puntos de ser mentira; esas eran las partes que Marko disfrutaba. Las partes realistas las aborrecía, le inspiraban un re-

chazo equiparable al que sentía al oír las vilezas de la guerra, y no entendía por qué: Paulo solo hablaba de relaciones consentidas. Quizá fuera la sensación de que el mundo lo había dejado al margen y ya fuera demasiado tarde para integrarse en él. ¿Qué chico se encontraba a gusto únicamente durante el transcurso de misiones en las que se mataba a gente? Un chico con muy mala suerte, se respondía.

—Tengo ganas de entrar en acción —dijo sin mirar a nadie.

—Nuestro Marko siempre dispuesto, ¿eh, Sergey? —comentó Paulo, nada importunado por la interrupción.

—Pues —comenzó Sergey—, por lo que sé, tendrás trabajo. Todavía está por decidir, pero apuesto a que Checky os enviará a ti y a tu padre al búnker. Dejará la casa para los Sex Pistols.

Los tres sonrieron, tenían fresco el momento en que los italianos escogieron ese nombre en clave para la misión precedente.

—¿Por qué lo crees así? —inquirió Paulo.

—Nenad y Marko se mueven mejor con gases y humo, y en el búnker las salidas de aire son deficientes. El ambiente estará más despejado en la casa, allí enviará a la pareja feliz.

Paulo asintió, convencido por el argumento.

—La parte buena —continuó— es que es casi seguro que dentro del búnker no habrá civiles; así no os tendréis que preocupar por las bajas.

Las bajas, siempre presentes, siempre recordadas... En la Agencia se consideraban bajas no solo las eventuales pérdidas en el seno del equipo, sino también muertes innecesarias de personas ajenas a la actividad del objetivo. Eso incluía desde transeúntes hasta personal de servicio, pasando por los miembros más jóvenes de la familia del futuro difunto, y lo complicaba todo exponencialmente. Las variables multiplicadas ampliaban el margen de error, pero este disminuía a base de entrenamiento, planificación y talento.

—Por contra —concluyó Sergey—, Mario y Siracusa deberán ir con cuidado.

—¡Lo que les va a costar! —exclamó Marko—. ¡Esos dos vacían cargadores más rápido que nadie!

—Bueno, bueno... tú tampoco destacas por dejar supervivientes, que digamos. En cambio, Paulo...

—Lo mío es acertar y salir corriendo. Como Yukio, pero en ruidoso. Y es que no sé cómo lo hace, pero a su lado, incluso con dobles silenciadores, parece una fresadora.

—Eres muy amable —dijo una voz a su espalda.

—¡Joder, Yukio! —gritó Paulo sobresaltado—. ¡Qué susto! ¡Odio que hagas eso! ¡Sabes que no soporto que aparezcas de repente como un puto ninja fantasma!

—¡Pero es divertido verte la cara! —dijo Marko riendo.

—Perdón. Solo quería relax. No tensión.

—Ya está, perdonado, aunque sé que lo volverás a hacer, lo sé...

—¿Y cómo es que has bajado? —preguntó Sergey—. ¿No podías dormir?

—Más o menos. La candidata. Hay algo raro.

—¿A qué te refieres?

Yukio se tomó unos segundos, con la mirada perdida, antes de responder.

—Sus motivos. No entiendo. Bueno, sí entiendo, pero no sé... me parecen poco... me parecen pocos. Y extraños.

Se hizo un largo silencio que todos invirtieron en procesar de manera meticulosa lo que acababan de escuchar. Yukio, sin la ayuda del sake, solía hablar tan poco que sus intervenciones podían considerarse un acontecimiento.

—No importa —confesó rompiendo su propia pausa—. Es la primera vez que puedo juzgar. Puedo equivocarme.

Las últimas palabras relajaron la atmósfera. Sergey atacó:

—Vamos, que has venido a que te sirva una copa.

—No. Gracias. Solo agua.

La cogió y se fue hacia una de las máquinas recreativas que lucía, con letras enormes, la palabra «Asteroids» en un lateral.

Bill entró en el Patio.

—¡Camarero! ¡Una pinta! —exclamó con un tono más de exigencia que de ruego.

Sergey, ofendido, le gritó:

—¡Que esté tras la barra no significa que esté a tu servicio, gordo irlandés!

—De gordo nada, sois vosotros los flacuchos —se defendió sonriendo.

Ciertamente, Bill no estaba gordo, tenía un poco de barriga, nada raro a su edad, pero ese detalle, unido a una calvicie galopante, le hacía parecer muy bajo de forma comparado con el resto.

—Venga, chicos —trató de animarlos—, alegrad esas caras: en breve una chica preciosa beberá con nosotros.

—Todavía no es seguro —apuntó Marko.

—¡Oh, por Dios! ¡Pero sí es perfecta! ¡Esa chica es justo lo que necesitamos! ¡Si hasta fue entrenada por las Beatas!

El grupo de hombres se tensó un segundo. Incluso Yukio se detuvo un instante en el incesante pulsar de su partida. Bill había abierto un tema que todos estaban ansiosos por comentar.

—Eso de las Beatas... —inició Sergey—, ¿es cierto todo lo que se dice?

—Todo, todo, no lo sé. Esperaremos a que Paulo se la ligue y nos lo explique.

—No contéis conmigo. A esa chica no la obligaron a ir, ¡fue voluntaria! Eso significa que aprendió a conciencia. Una noche con ella y hasta yo me podría enamorar. No me la jugaré, no, no, no.

—Pues a mí no me importaría que me mostrara alguna técnica aprendida en esa escuela de concubinas —replicó Bill.

—¡Concubinas! ¡Preciosa palabra! —bromeó Paulo.

—No es cuestión —continuó Bill— de empezar a llamarla «puta» sin conocerla.

—¡Pero si es lo que es! —intervino Marko contrariado—. ¿Qué chica se apuntaría a las Beatas por gusto? Solo una...

—Profesional —atajó Bill con firmeza. Su tono y su semblante habían cambiado drásticamente. Estaba claro que iba a explicar algo y acaparó la atención de todos—. Algunos de los SAS tuvimos ocasión de viajar a Israel para unas maniobras con el Tzahal. Allí conocí a Raquel, la tipa más dura con la que me he cruzado. Era increíble, experta en todas las armas, una piloto impecable y una estratega que se salía, pero le faltaba músculo. Treinta kilos más y habría sido el soldado perfecto. Se pasó al Mosad, pero mantuvimos el contacto. Continuó aprendiendo y, cuando tocó techo, me explicó lo que iba a hacer. Su patriotismo y ambición eran inigualables, se sentía obligada a dar un paso más, posiblemente el último que le quedaba por dar: ingresar en las Beatas. No creo que Raquel ni Layla puedan llamarse «putas», si acaso «perfeccionistas».

»Además, atontados, parece que olvidáis lo más importante: ¡es una chica!

—Cierto —aceptó Paulo—. Un mayor equilibrio sexual no nos puede hacer daño.

—Brindo por eso —celebró Sergey despreocupadamente—. Y dime, Bill, ¿no había en el SAS ninguna chica que quisiera hacer lo mismo que tu amiga?

—¡Ay, Sergey, Sergey! ¡Tú no has estado en mi tierra! Las Beatas exigen ciertos requisitos... estéticos. No debe de haber más de una docena de chicas en toda Gran Bretaña a las que aceptarían, y esas no se alistan en el ejército.

—Bill tiene razón —aseguró Paulo—. De hecho, tengo la teoría de que el imperialismo británico se debió al deseo de aparearse con mujeres menos feas.

Tras ese comentario, Paulo apenas podía contener la risa, cuando conseguía atajar una carcajada, otra le pedía paso.

—¡Lo que no entiendo es cómo no se extinguieron antes de las conquistas! —voceó antes de explotar de nuevo.

—Yo me río —confesó Bill con seriedad—, pero lo triste es que no se equivoca.

Marko también reía, pero menos. Se sentía tan alejado de esos hombres, se sabía tan diferente a cualquiera... Aprovechó el momento para coger otra Pilsner y acercarse a Yukio. No dijo nada, se quedó a su lado mirando cómo jugaba. En la pantalla, un triángulo disparaba puntos de luz sobre polígonos que, al ser acertados, se dividían en piezas de menor tamaño, y así hasta desaparecer. A pesar de su simpleza visual, Marko, que había ignorado esa máquina durante años, sintió el impulso de jugar.

—¿Pueden jugar dos?

—Sí —afirmó el japonés—. Por turnos.

Pasaron horas enganchados. Marko disfrutó alternando gritos de emoción y maldiciones. Yukio se guardó de dar consejos y le permitió aprender a su ritmo. Ya de madrugada convinieron seguir otro día.

Las mañanas de Nenad se sucedían sin cambios. Se impuso una rutina de soledad y esfuerzo que solo quebraba al atardecer. Entonces combinaba entrenamientos de balonmano con Lander, de tiro con los italianos y Paulo, de lucha con Yukio o cualquier actividad con su hijo. Con Bill coincidía para tomar una cerveza antes de cenar y con Sergey después para un ajedrez rápido. Descontando algunos arranques de rabia y nostalgia, el ritmo premisión le gustaba. No tenía que preocuparse por el plan, Lander y Checky lo hacían mejor que nadie; ni por el dinero, tenía suficiente para retirarse dos veces; ni por su familia, la única que le importaba se encontraba entre esas paredes. Pero lo mejor de todo era la tranquilidad impagable de no tener que odiar. Había dedicado media vida a odiar, era una carrera agotadora y, lo que es peor, inacabable.

De todo ello se había dado cuenta en la Agencia, con la perspectiva que da un aislamiento absoluto del mundo exterior. O del «mundo real», como diría Checky. Era una imagen muy apropiada. «En el mundo real» explicó una vez, «están las víctimas y los verdugos; nosotros nos encontramos en otro lugar, el que pertenece a los jueces». En otra ocasión Lander dijo algo similar, muy parejo a su clásico discurso: «En este tablero no somos blancas ni negras, somos el reloj que debe seguir avanzando». Hasta el final de la guerra, Nenad jamás supo acerca de una tercera vía, y aún menos hubiera esperado encontrarse cómodo en ella.

Por otra parte estaban las vacaciones, esos lapsos de tiempo en los que Lander les daba permiso para desaparecer. Entonces una bomba H assolaba la Tierra, dejándolos a él y a su hijo como únicos supervivientes. Compartir más de tres frases con alguien ajeno a la Agencia se había convertido en un peligro inaceptable, por eso se perdían en zonas remotas y eludían todo contacto. Salían adelante por sus propios medios, eran montaraces expertos, nómadas ganándose el derecho a estar en la cúspide de la cadena alimentaria, hombres en toda su primitiva pureza. Nenad asumía ese limbo compartido como la cota más cercana a la felicidad que alcanzaría en lo que le quedaba de vida. Y sin embargo... de vez en cuando revisaba en la red si algo había cambiado, si su apellido había desaparecido de esa lista grotesca negociada por los auténticos culpables; pero siempre estaba allí: «Krkic, Nenad y Marko: buscados por crímenes de guerra y delitos de lesa humanidad». Detestaba la ironía de

la última parte: si alguna unidad de combate mostró humanidad durante el conflicto, fue la suya.



La cara de su mujer, deformada por los golpes, fue portada en todos los periódicos de Europa. La foto estaba tan bien tomada que se advertía el brillo líquido que había dejado el orín de sus asesinos. Esa imagen, que sirvió para enardecer definitivamente los ánimos de un país que llevaba tiempo esperando una excusa, fue para Nenad la causante de su condena.

En las postrimerías de la guerra, la moral era baja. La intervención de un ejército multinacional se daba por segura, en cuestión de días cesaría la lucha y nadie quería ser el último muerto del conflicto. Pero los Анђели buscaban una victoria final. Esa conquista significaba una baza ganadora en las futuras negociaciones. La localidad llevaba sitiada tres meses y, sabiéndose tan cerca de la paz, no iba a rendirse, así que a los serbios solo les restaba una opción: entrar y hacerse con el control casa por casa. Teóricamente, otra compañía más numerosa y descansada debía ocuparse de la mitad del trabajo por la cara opuesta.

Los Анђели iniciaron la ofensiva más desagradecida. Tras setenta y dos horas de avance metódico alcanzaron a ver lo que parecía la base de sus aliados, un hotel en el que ondeaba la tricolor serbia. Nenad estaba furioso, esos cobardes habían tomado un centenar de casas desperdigadas y se habían hecho fuertes en el primer gran edificio que habían encontrado. Calculaba que habrían invertido menos de medio día; desde entonces se habían dedicado a esperar que su unidad hiciera lo más difícil. En esos días, seis Анђели habían caído y era muy probable que tres más se reunieran con ellos. Tantísimas bajas por falta de ayuda exigían una aclaración urgente.

No había tapado los prismáticos cuando Marko se le aproximó. Con una mirada supo que su hijo sentía su misma indignación. Asintió quedamente para aceptar su compañía. Distribuyó a sus hombres y, con la rabia guiando sus pasos, padre e hijo caminaron sin escolta y al descubierto hacia la puerta del hotel. A medida que se acercaban, Nenad no dejó de gritar sus nombres, graduaciones y destino; fue suficiente para que no los abatieran, ninguno de los centinelas quería arriesgarse a matar al capitán más popular de su bando cuando iba a todas luces desarmado. Al entrar en la recepción encontraron lo esperado: un puñado de soldados bebiendo y jugando a las cartas.

—¡Qué gran honor! ¡Nenad Krkic en persona! —exclamó desde el fondo de la sala un capitán demasiado joven—. ¡Por favor! —continuó diciendo mientras se levantaba y servía dos vasos—. ¡Beba conmigo, capitán! ¡Parece que la guerra ha acabado!

Nenad se acercó a él sin saber muy bien qué hacer.

—Capitán Dragan Lovic —se presentó el anfitrión—. Tome, beba, se lo ha ganado —dijo ofreciéndole un vaso pequeño.

Superado por la furia, el héroe serbio parecía aturdido. Cogió el vaso, se lo acercó a la nariz y mientras lo dejaba en la mesa dijo:

—No me gusta la borovicka.

—¡Ah, no hay problema! Por aquí tengo una rakia de ciruela que le encantará... ¡esos bosnios, se supone que son musulmanes y vaya licores destilan! ¿Eh?

El tono educado y jovial del capitán era más pretendido que sincero. Marko así lo percibió, por eso se mantuvo alerta. Cuando Lovic pasó al lado de su padre para abrir el mueble bar captó la seña que envió a un soldado apostado frente a la escalera; este no tardó ni un segundo en subir hacia el primer piso.

—¡Padre! —exclamó, y con un gesto indicó que fueran hacia arriba.

Nenad salió de su ensimismamiento y subió con su hijo. Oyeron al soldado que se les había adelantado abrir una puerta y avisar: «¡Rápido, los Анђели han llegado, deshaceos de esa mierda!». El tipo se quedó lívido al girarse y comprobar que los Krkic le habían seguido. Solo se le ocurrió seguir subiendo pisos.

Nenad y Marko entraron en la habitación para toparse con una escena desastrosamente familiar: dos hombres lanzaban en ese momento el cuerpo de una chica por la ventana. La mirada de Nenad dejaba muy a las claras cuáles eran sus intenciones. Los dos soldados estaban petrificados. Uno de ellos aún llegó a balbucear: «Ya... ya... ya estaba muerta...». Nenad le pegó un puñetazo en el estómago, una vez doblado le cogió por la mandíbula y el pescuezo y le rompió el cuello. Él sí que estaba muerto al salir volando hacia la calle. El otro había corrido desesperadamente hacia la puerta y se había ensartado en el esternón los quince centímetros de hoja que Marko puso en su camino. Murió lentamente, retorciéndose en el suelo.

Sobre la cama de la habitación yacía el cuerpo inerte de una joven en una postura imposible, le habían deshecho los huesos. Demasiadas manchas de sangre sobre las sábanas hacían sospechar que ese era el lecho oficial. Nenad abrió una puerta que comunicaba con otra habitación. Allí encontró veinte caras aterradas de mujeres, chicas y niñas prepúberes, apretadas unas contra otras como queriendo permanecer lo más lejos del vano desde el que el serbio las contemplaba, ese vano a través del que les habían llegado los gritos de sus amigas, hermanas, madres o hijas durante los dos días anteriores.

Volvió junto a Marko, que había encontrado un arma corta de gran calibre conocida como «escoba», nombre idóneo que había hecho olvidar el original.

Sus cartuchos, al explosionar, producían tal dispersión de metralla que de un disparo barrían cualquier habitáculo. «Es perfecta», dijo Nenad retirándosela a su hijo de las manos.

Lovic se esperaba una reacción airada, pero no tenía miedo, se sentía seguro rodeado de cincuenta soldados. Además, creía a los Krkic desarmados.

—Vamos, Nenad —dijo en tono tranquilizador mientras este se le acercaba con el arma oculta entre sus enormes manos—. Los chicos solo querían divertirse un po...

No acabó la frase, el gran serbio le acababa de volar los huevos.

Así finalizó la carrera militar de Nenad y Marko Krkic. Esa noche ya durmieron en prisión. Podrían haberse salvado de no ser por ese apellido, «Lovic». Nenad debió habérselo imaginado, no se llega a capitán tan joven sin un poderoso padrino. El tío de Dragan era Miroslav Lovic, general de división, subsecretario de Defensa y vocal en la mesa que negociaría la paz; como militar podría haber ocultado la muerte de los soldados, pero como montenegrino no iba a perdonar la castración de su sobrino. Al hacer la lista de cabezas de turco que entregarían a La Haya ofreció a los Krkic en primer lugar. El resto de partes aceptó con entusiasmo. Más Анђели cayeron en la ignominia de falsas acusaciones. El descrédito que sufrió su unidad fue lo que más le dolió a Nenad. El hecho de no haber matado a ese cobarde, por el contrario, le hacía bastante feliz. Ser eunuco en Podgorica era peor que la muerte.

Estaba en su celda hermética, apoyándose en este triste consuelo, cuando recibió la visita más inesperada de su vida: un capellán castrense de los cascos azules, o eso creyó antes de que Lander se presentara. La propuesta incluía a Marko y era sencilla: matar criminales a cambio de dinero, solo matar, sin bajas colaterales. Esa era la parte que enganchó a Nenad y, solo por comprobar si algo así era posible, ya se habría alistado en la Agencia. Por otra parte, la alternativa para los Krkic era injusta: asistir a una farsa de juicio, escuchar y cumplir una sentencia a perpetuidad, encontrarse en el patio de la cárcel, envejecer juntos a la espera de una amnistía improbable, y morir.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—De la única manera posible —anunció Lander—. Con los pies por delante. El oficial de guardia sabe que lo que se dice de los Анђели es mentira y cree que merecéis la posibilidad de ahorrarnos un juicio humillante, por eso ha accedido a que os facilite píldoras de cianuro. Luego llegará el forense y os declarará difuntos.

—¿Colabora en el plan?

—Sí, pero sin saberlo. Realmente creará que estáis muertos.

—¿Cómo es posible?

—Digamos que se me da bien la química. Escucha, cuando vuestros cuerpos vayan de camino al depósito municipal, interceptaremos el vehículo. Para entonces ya habréis recuperado pulso, consciencia y movilidad.

—Entiendo... ¿y Marko?

—Llegará enseguida.

La puerta de la celda se abrió y el joven entró como una exhalación para abrazarse a su padre. Los soldados que lo habían acompañado desaparecieron, dejándolos solos. Lander se dirigió a los dos:

—Lo siento, pero no hay tiempo para explicaciones o debates. En menos de una hora hay cambio de guardia y debemos haber acabado antes. Mascad esto, os insensibilizará la boca.

—Padre, ¿de qué está hablando este cura?

—Haz lo que te diga, hijo. Créeme. Está aquí para ayudarnos a escapar.

Marko abrió los ojos desmesuradamente. No estaba preparado para semejante revelación. Al igual que su padre, empezó a masticar la tableta que les había entregado Lander, quien sacó unas tenazas de ortodoncista y continuó:

—Ahora os arrancaré un diente para simular que llevabais una funda con veneno.

Nenad se ofreció primero. Marko no entendía nada pero se dejó hacer.

—Aquí tenéis las cápsulas. Tragadlas una vez me haya ido. Y cuando recuperéis las constantes vitales, permaneced quietos en vuestra bolsa para cadáveres hasta que yo mismo la abra.

Lander se asomó a la mirilla y llamó al guardia, quien le permitió salir y cerró con premura. Marko vio que su padre se metía la píldora en la boca y le imitó. La lealtad que le profesaba era tal que aunque ese sacerdote les hubiera suministrado auténtico cianuro, y lo hubiera sabido, también se lo hubiera tomado. Se sentaron en el suelo, cogidos de la mano, a la espera de unos efectos que tardaron pocos minutos en dejarse sentir.

—Ahora emularemos a Lázaro, hijo.

—O a Rommel —apuntó el joven con una pequeña sonrisa.

Lo siguiente que Nenad recordaba era el sonido de un estallido, un big bang, el primer latido de su corazón resucitado. Poco a poco los nervios se fueron despertando a lo largo de su cuerpo. Fue un proceso sensitivo extraordinario, el inicio de su nueva vida.

Unas horas después, Lander abría la cremallera de su bolsa, cegándole con la luz entrante. Nenad Krkic renacía.

Desgraciadamente, su anterior existencia no iba a ser olvidada. Su nombre entró en la lista de los más buscados por La Haya. Nadie creyó al médico que declaró su defunción y la de su hijo. Nadie creyó que sus cuerpos fueran robados por desconocidos. Y menos aún Miroslav Lovic;

el general que les había vendido pasó el resto de su vida parapetado entre medidas de seguridad asfixiantes a la espera de una venganza de la que se sabía merecedor. Ese miedo continuo lo mató a los pocos años. Los Krkic brindaron con la mejor rakia.

